

alegar en su favor el que, nacido en el seno de la luz, ha vivido en el menosprecio de la luz? El número de los transgresores de las leyes eclesiásticas, aun cuando fuera diez veces mayor, no podrá prevalecer contra esta máxima tan antigua como el catolicismo: "No se tiene á Dios por Padre, sino "no aceptando á la Iglesia por madre." En este punto, como en otros, el yugo católico no parece pesado sino á los que lo rechazan ó lo arrastran: él da alas al que lo lleva resueltamente.

En fin, no perdamos de vista la verdad capital del cristiano. ¿Para qué estamos nosotros algunos días sobre la tierra? Para la prueba, para el sacrificio, para el combate, para alcanzar el reino en cuya comparacion son nada todos los reinos de la tierra. El cielo que Jesucristo promete á nuestra observancia de todos sus preceptos; el cielo, este eterno Océano de todo lo que hace latir nuestro corazon, gloria, grandeza, poder, delicias, es tan poca cosa que nos debamos quejar del precio que Dios le pone? A este propósito me viene á la memoria una corta anécdota.

En su famosa campaña del Norte, durante el invierno de 1806 y 1807, Napoleon confió al mariscal y senador Lafebvere el mando del sitio de la plaza estremadamente fuerte de Dantzick. Una tal empresa no le caía bien á un general de caballería tan ignorante como bravo. El se queja amargamente al emperador: éste le responde: Pero mi

viejo, ¿por qué quejaros de lo que os cubriría de gloria? Yo he tomado todas mis medidas para que Dantzick sea estrechado á abriros sus puertas: es preciso que vos tambien, cuando volvamos á entrar en la Francia, tengais alguna cosa que decir en la sala del senado<sup>1</sup>.

Y bien, amigos míos, ¿no queréis vosotros tener alguna cosa que contar cuando entréis en el eterno senado de los cielos? ¿Podréis lisonjearos de llegar sin esfuerzos á la mansion de todos los héroes, primero de los ángeles, que no han entrado sino despues de haber combatido valientemente la defeccion de un gran número de los hijos arrastrados por la sublevacion de uno de sus gefes; en seguida de los hombres que no han sido coronados, sino en cuanto han resistido á las seducciones del mundo, del demonio y de la carne?

Jesucristo dice que esto es imposible: Aquel que todo lo ha sufrido para facilitarnos la entrada al cielo, nos advierte espresamente, que no se da sino á los que se hacen violencia, que la puerta es estrecha, que el camino que conduce á ella no es el mas cómodo<sup>2</sup>, y que queriendo escapar á la violencia, se termina inevitablemente, ¿adónde? á la eterna pena, al triste cuartel de todos los cobardes, los ociosos, que rehusando el combate,

<sup>1</sup> Historia del consulado y del imperio por Mr. Thiers, libro 27.

<sup>2</sup> S. Mateo, cap. 8, v. 12. Cap. 11, v. 12.

pasan por lo mismo bajo la bandera del enemigo de toda virtud y de todo bien.

La segunda objecion indicada por Mr. el Instructor, y que se funda sobre una pretendida superioridad moral y material de las poblaciones separadas de la Iglesia católica, teniendo tambien un gran crédito en la clase tan numerosa de lectores y escritores superficiales, he resuelto desenrañarla á fondo, por un cuadro comparativo de las naciones católicas y las naciones separadas; pero esta pintura, para confundir para siempre á los mamarracheros, exige por lo menos un pequeño volumen. Este volumen lo tendréis dentro de algunos meses, á no ser que de aquí allá las naciones separadas, ayudadas por nuestros pancistas, nos den el último fruto de sus progresos de tres siglos: el triunfo á lo menos momentáneo de la mas salvaje barbarie.

Ya paso á la tercera objecion. Remitiendo para el libro que acabo de prometer la discusion de un cierto número de hechos relativos al clero, me limito á algunas consideraciones que resultan de lo que he tenido el honor de deciros sobre el sacerdocio católico, sea en el "Despertador del pueblo," sea en los precedentes entretenimientos.

Habiendo sido encargada por Jesucristo al sacerdocio católico la grande obra de la regenera-

1. Despertador del pueblo, lecciones 10 y 11. Atrás en los Entretenimientos 17 y 22.

cion humana, no debe sorprender encontrar en este cuerpo escogido, y en un grado superior, los tres elementos que agitan al mundo cristiano: el elemento divino, el elemento humano y el elemento infernal.

Primero: El elemento divino domina visiblemente en la historia del sacerdocio, y se manifiesta claramente en la duracion de este cuerpo y los resultados generales de su accion. Mostradme, pues, una corporacion compuesta de quinientos ó seiscientos mil individuos de toda condicion, de todo pais; corporacion combatiendo sin cesar dentro y fuera todas las ideas, todas las acciones, todas las costumbres opuestas á la fé y á la moral católica; corporacion incesantemente combatida dentro y fuera por todas las inspiraciones viciosas del entendimiento y del corazon humano; corporacion, sin embargo, bastante fuerte para resistir por el espacio de diez y ocho siglos á los mas furiosos ataques exteriores y á las mas crueles disensiones interiores, y retener todavia en la unidad, por solo el poder de las convicciones, cerca de doscientos millones de individuos. Ningun gobierno era mas imposible de establecerse, mas imposible de mantenerse, bajo el punto de vista humano, que el de la Iglesia católica. Con todo, buscadme un gobierno civil bastante sabio, bastante fuerte para haber reinado sobre una sola nacion, la cuarta parte de lo que ha durado el

reinado sacerdotal en la estension del universo cristiano. Sí, amigos míos, es preciso estar diez veces ciego para desconocer la obra del Altísimo en la duracion del sacerdocio. Así, cuando los pancistas vengan á deciros: "el catolicismo es la obra de la ambicion de los sacerdotes, y de la imbecilidad de los pueblos," limitaos á responderles: si esto es así, ¿por qué vosotros no habeis echado abajo al catolicismo, vosotros que le sois tan superiores, tanto por la rabia de dominacion de vuestros gefes, como por la incurable imbecilidad de sus alucinados, y tambien por el concurso mas ó menos activo de los gobernantes anticatólicos?

Los resultados generales de la accion sacerdotal, ¿no son tambien la prueba del elemento divino? Sea en mis lecciones precedentes, sea en el curso de estos Entretenimientos, creo haber hecho palpable este hecho: "Todo lo que nos queda de fé y de caridad, es decir, de civilizacion cristiana, es debido á la accion del sacerdocio; y donde quiera que esta accion cesa ó se disminuye, nosotros vemos renacer la barbarie; pero una barbarie con los caracteres del furor subversivo que se apodera de los pueblos culpables de apostasia." Nosotros vemos siempre al clero desafiar á los insultos, á los sufrimientos y á la muerte por conservar, estender y propagar la obra de Jesucristo, sea en lo interior, sea en lo exterior. Mostradme entre los cleros creados por

el cisma y la herejía, uno solo de estos numerosos mártires voluntarios de la caridad apostólica, que nosotros tenemos la antigua costumbre de enviar á los mas furiosos opresores del Asia, de la Oceanía, ó á los climas mas devoradores del Africa. Cuando los pancistas os pregunten, ¿qué hacen los sacerdotes? decidles: Hacen lo contrario de lo que vosotros haceis. La civilizacion que vosotros sofocais entre nosotros, ellos se esfuerzan por establecerla entre los bárbaros. Vosotros, para engrandeceros y gozar á nuestras espensas, trabajais por cambiar los pueblos cristianos en manadas de cerdos y de tigres; y ellos por cumplir la palabra de Jesucristo, van á sacrificarse y á morir por trasformar las manadas de cerdos y de tigres en pueblos cristianos. Los sacerdotes son, salvo algunas cortas escepciones, los hombres del Dios caridad, como vosotros sois los hombres de Satanás.

Segundo: como el Dios-hombre ha querido componer su sacerdocio de hombres, el elemento humano debe necesariamente desempeñar un gran papel, y alternar en algun modo con el elemento divino. Comparado el sacerdote con Jesucristo, de quien es lugarteniente, el mejor y mas santo de los sacerdotes se quedará siempre muy abajo, y deberá decirse á sí mismo: ¡yo soy un miserable indigno de mi divina profesion! Todos los héroes del sacerdocio han dicho esto; han dicho mas

que esto, y si ellos no lo hubieran dicho con un profundo convencimiento, no habrían sido héroes. El sacerdocio es visiblemente sostenido por el brazo de su divino Gefe; pero sus miembros han sido, son y serán eternamente humillados por la comparacion que se hace, y se tiene derecho de hacer de los discípulos con el maestro, de los embajadores del cielo, con el Rey eterno de los cielos y la tierra. Esta comparacion tan humillante para el sacerdocio, es la coraza que Jesucristo le ha dado para resistir á la mas comun y á la mas terrible de las tentaciones para el sacerdote, el orgullo.

Así, amigos míos, nada mas verdadero que esta sentencia: "¡Los sacerdotes no son lo que deben ser!" Pero yo creo que vosotros no debeis quejaros mucho, cuando podeis decir: "Nuestros sacerdotes son, en lo general, lo que se puede esperar de la gracia de Dios, y de las miserias de nuestra naturaleza." ¿Y cuándo podréis decir esto? Cuando encontréis en la milicia sacerdotal, primero, un gran número de oficiales generales, de capitanes, de subalternos, oficiales y soldados escelentes, los unos con un corazon heroico, los otros con una capacidad y una dedicacion mas que ordinarias para los que los observan de cerca: segundo, una masa de oficiales y soldados generalmente valientes, pero sin arrojó: quiero decir, una multitud de sacerdotes suficientemente dotados de

instruccion y de virtud para llenar regularmente sus deberes, y no dar lugar á algun reproche grave en su conducta. Que los comandantes les reprochen la debilidad y cobardía de su ministerio; que su conciencia, cuando ellos la ilustran con el fuego de la caridad de Jesucristo, les escuse del mal que ellos dejan hacer á otros, ó del bien que no hacen ellos mismos, es una cosa muy justa. Pero cualquiera que tenga cuenta del bien que estos sacerdotes tibios conservan por su accion, y de los males que impiden, encontrará que ellos todavía son dignos del bello título de hombres de Dios y de la humanidad. Perteneciendo á estas dos clases la mayoría de vuestra armada sacerdotal, bendicid á Dios, amigos míos, y no os escandaliceis tanto al ver sobre los flancos, en la retaguardia y aun en las filas de esta milicia un cierto número de hombres que sirven de sobrecargo, de cobardes que se quedan atras, de pillos, en fin, de traidores, de Judas, en quienes se manifiesta el elemento infernal.

Tercero: en la leccion décima del Despertador del pueblo os he hecho ver cómo el combate entre el bien y el mal, que es el fin de nuestro tránsito sobre la tierra, debe encontrarse en el sacerdocio. Satanás, pues, debe infiltrarse en él: él ha entrado en el paraiso terrenal, ¿cómo queréis que no entre en el santuario? El ha tentado hasta tres veces al divino Gefe del sacerdocio, ¿cómo que-

réis que él respete á sus discípulos? Estad ciertos, amigos míos, que por un demonio que os tiene á vosotros, el sacerdote tendrá ciento que le persigan. ¿Por qué? Porque como ha dicho el divino Maestro: "Herido una vez el pastor, el rebaño se dispersa <sup>1</sup>." También decía á sus apóstoles, dirigiéndose á su cabeza: "Simon, Simon: Satanás ha pretendido cribaros como se criba el trigo <sup>2</sup>." Y en efecto, al primer golpe de la criba, vemos caer á S. Pedro, y de los otros once colegas, á nueve tomar la fuga, y al décimo marchar á la cabeza de los deicidas.

Si preguntais por qué el mal sacerdote viene tan fácilmente á ser un demonio, el Evangelio os lo explica. Hablando de la comunión de Judas, nos dice que al mismo tiempo Satanás entró en él, se le incorporó, vino á ser el señor, como vuestra alma es la señora de vuestro cuerpo. Si este alimento sagrado del altar, que mantiene y aumenta en el sacerdote fervoroso la sed inestinguible del bien, que impide al sacerdote mediocre bajar hasta beber en las aguas emponzoñadas del vicio; esta bebida, digo, enciende en el desgraciado que la profana con conciencia de lo que hace, la satánica sed del mal. Yo no haré mas que repetir lo que constantemente ha dicho gimiendo el

<sup>1</sup> S. Marcos, cap. 14, v. 27.

<sup>2</sup> S. Lucas, cap. 22, v. 32.

sacerdocio, y lo que demuestra la historia diciendo: "La peste de las pestes públicas es un mal sacerdote." Es sobre todo, quien ha encendido y llevado en el mundo cristiano la tea del cisma y de la herejía, devorando con un mismo golpe la fé y las costumbres, las almas y los cuerpos. El mal sacerdote es el emponzoñador de los emponzoñadores, el asesino entre los asesinos.

Pero no olvidéis, amigos míos, lo que os he dicho: los malos sacerdotes son una grande prueba de la divinidad del catolicismo y de su sacerdocio. Ellos habrían demolido cien veces al uno y al otro, si el uno y el otro no fueran la obra por excelencia de la encarnación del Dios-caridad.

Los que preguntan por qué la Iglesia no se aplica mas enérgicamente á reducir el número de los malos sacerdotes, seguramente no saben los esfuerzos sobrehumanos que hace la Iglesia para no tener en sus filas sino buenos sacerdotes, y los esfuerzos incesantes de las potestades del siglo para que no los tenga mas que medianos ó malos. La Iglesia ha pedido tres cosas para hacer un buen clérigo: vocación, educación y disciplina; y en todos tiempos, sobre todo en el último siglo y en el nuestro, nada se ha omitido para poner trabas y arruinar las vocaciones al sacerdocio, la educación sacerdotal y la disciplina eclesiástica. Debiendo hablar de esto en otra parte, me limitaré ahora á dos ó tres palabras.

Vocacion. Las clases superiores invadidas por la incredulidad y el sensualismo, no se han contentado con abandonar, casi exclusivamente al pueblo, la carrera por excelencia de consagración á Dios y al servicio de los hombres, sino que ha procurado despopularizarla, y bastante han conseguido aun bajo el aspecto de sus intereses materiales; porque estas clases han dado lugar á esta terrible cuestion: ¿A qué vienen grandes señores, grandes rentistas, grandes propietarios?

Educacion. La educacion clerical, se dice, es muy débil bajo el respecto de la ciencia, y acaso tambien bajo el respecto de la virtud. . . . Es verdad; pero ¿quiénes son los acusadores de la educacion clerical? Son los autores ó los partidarios del despojo, de la destruccion de todos nuestros establecimientos eclesiásticos y monacales de educacion sacerdotal, y de grandes estudios de toda clase, son los opresores de las libertades religiosas, que no han cesado de decir: "Estorbemos la vuelta de una Iglesia y de unas sociedades religiosas poderosas por la palabra y las obras!"

Disciplina. El gran nervio de la disciplina católica parte de la Santa Sede, llega á cada metrópoli, allí se despliega en el sínodo provincial, y reside en el tribunal metropolitano, de allí se ramifica en cada diócesis, y despliega su poder sobre cada sacerdote por el sínodo diocesano, y por todos los resortes de la administracion episcopal.

Pues bien, se ha hecho todo lo posible por romper esta organizacion poderosa. Vosotros mismos concurrís tambien. ¿No es verdad que cuando teneis un sacerdote que es de vuestro gusto, como decis, pero que no puede serlo para la Iglesia de Jesucristo, vosotros tomáis altamente su defensa en pro y en contra de todo? ¿Qué sucede entonces? Que el obispo por temor de un mas grande mal tolera á un sacerdote sospechoso, se limita á reprimendas ó exhortaciones, cuando seria necesario un tratamiento mas enérgico. El obispo habria salvado á este sacerdote que no estaba todavía mas que al borde del precipicio: vosotros lo precipitais en él, y una vez convertido en demonio, él os arrastrará.

Sí, amigos míos, el crimen de los crímenes de la Europa de mucho tiempo á esta fecha, es el esfuerzo de las clases influyentes para secularizar del todo al clero católico, es decir, para reducirlo á ser lo que él es en los Estados protestantes: un excelente medio de embrutecer á un pueblo bajo el gobierno de los pancistas.

Esto es lo que hace inminente la solucion del gran proceso europeo, solucion que será la materia del entretenimiento siguiente.